

DOMINGO I DE ADVIENTO



Ya conocéis el tiempo, y que es hora de levantarnos del sueño, leemos en la Epístola. En este mundo y entre los miembros de la Iglesia, la gran mayoría languidece en su corazón con un letargo mortal. Solo vela realmente el que atiende a su salvación. He aquí por qué la Iglesia nos lee el 1er Domingo de Adviento la historia del último juicio. Por eso es hora de gritar con San Pablo, *es la hora de levantarnos del sueño*.

La causa de los pecados y desgracias de la humanidad es siempre la falta de consideración y vigilancia, que si es necesaria para prevenir la caída, es más necesaria al pecador para levantarse de la ruina. Mil sitios en las SS.EE. repiten: *vigilad*.

Cuide el endurecido sensual, no sea que Dios le abandone y le haga caer en el verdadero ateísmo.

Cúidense los que no piensan en Dios, grandísima muchedumbre entre los cristianos, aun cuando creen en Él. Porque aquello que no pensamos es como si no existiera para nosotros.

E incluso hay quien dice en su corazón que Dios no existe, que no le juzgan digno de que se piense en él seriamente. ¿Creéis que Dios no os ve? *El que hizo el oído ¿no va a oír? El que hizo el ojo ¿no va a ver?* Muchos se abandonan a la alegría y viven las delicias criminales del mundo, sin sospechar si quiera, que quien os lo prohíbe vendrá de repente a turbar de manera terrible vuestros placeres con el rigor del juicio.

¿Cuál es la razón de este endurecimiento? ¿cómo podemos vivir sin darnos cuenta? Esta inconsciencia se explica, quizá, por lo limitado de nuestro entendimiento, que no ve más que a sí mismo. Cuando estamos llenos de ira creemos que todos lo están. Cuando dormimos creemos que todos tienen sueños. Cuando el pecador languidece en la ociosidad, el placer y la impenitencia, cree que Dios languidece también y duerme. Pero Dios no duerme, y esas mujeres infieles y esos hombres corrompidos y corruptores, aunque se oculten en las sombras de la noche...serán descubiertos en el día prescrito.

Sabed, hijos, que el endurecimiento es el mayor castigo. No quiero hablar solo del juicio y el infierno, sino haceros ver, por si acaso la tranquilidad en que vivís os ciega, que esa mayor tranquilidad es el más grande castigo. Dios, a veces, a fuerza de estar irritado, no muestra su cólera, y el pecador maravillado del curso afortunado de su vida y asuntos, cree que no tiene que temer...Es el peor de los castigos. Porque cuando tenemos la desgracia de estar de acuerdo con nuestros pecados.. nuestros males casi ya no tienen remedio. Ved cómo Isaías nos presenta a Dios con la copa de la ira en la mano: *tú que has bebido de Yahvé el cáliz de su ira*. Es un brebaje espumoso...que se sube a la cabeza de los pecadores. Beben un primer vaso y la cabeza les empieza a dar vueltas, es decir, que en el ardor de sus pasiones, la reflexión medio apagada. No engendra más que luces confusas. Se desvanecen las verdades que aprendieron de la verdadera religión, como a través de una bruma, es lo que la SS: EE., llama *espíritu de vértigo*. Pero como todavía deploran sus debilidades, ...bebed, bebed pecadores, bebed hasta la última gota, *apurán hasta la heces el cáliz que aturde. Ciados en medio de la calle tan dormidos que parecen muertos*. A imagen de los grandes pecadores pierden todo el conocimiento de Dios, pecan sin escrúpulos, recuerdan sin pena, se confiesan sin compunción, recaen sin miedo, perseveran sin inquietud, y terminan muriendo sin arrepentimiento.

Pero a los perezosos, necesario es advertirles dos cosas: la primera, que Cristo desea sorprendernos, la 2ª que el único medio de evitar la sorpresa es vigilar. *El tiempo imita a la eternidad*, dice San Agustín, *y haciendo que un día se parezca a otro, no nos damos cuenta de que pasa. Las arrugas, achaques, llegan poco a poco y no las advertimos, por eso vigilad*.

Claro, que algunos desmienten a Dios y le dicen: *me adelantaré a tu cólera y me confesaré antes de morir*. Pero esa hora es un secreto de Dios. Hasta el fin del mundo, a pesar de sus señales, cogerá de improviso. La muerte está oculta en el aire, los alimentos, y hasta las mismas medicinas con que frecuentemente nos aniquilan. Así que, aun cuando estuviéseis seguros de vivir mucho, más fuerte será la costumbre de pecar. La misma vejez no templará la pasión. Si no lo creéis los que no habéis llegado a esa edad, no tenéis porqué creerme a mí, pero recordad a los ancianos que querían cometer adulterio con la casta Susana, y que narra Daniel, y también leed la vejez deplorable de Salomón.

Dicen algunos que *podrán convertirse cuando quisieren*. Pero ¿qué motivo apremiante tendrán entonces? ¿Acaso habrá otro Jesucristo, otro Evangelio, otra fe, otra esperanza, otro cielo, otro infierno? ¡Desengañaos!, porque cuando esa pasión que os domina ahora, cuando ese secreto tirano de vuestro corazón haya perdido su dominio, no por eso seréis libres-. Porque si no vigiláis, lo único que hará será dar paso a otro vicio...Dejar a un sucesor de su misma camada. Ah, hijos míos: hay quien pasea por la corte sin saber que ya ha perdido el favor real. Al igual, el endurecimiento lleva con frecuencia a la retirada de las gracias, siendo

por eso el mayor castigo.

Oh, gran hombre de hoy, oh bravísima mujer del presente, que habéis excedido a todos vuestros predecesores de los anteriores siglos en toda ciencia y prodigios, a quienes vemos infatigablemente requeridos por los grandes ideales satánicos de este tiempo desgraciado, os quiero proponer a vuestro genio un trabajo más importante y un objeto más digno de vuestra atención: *el servicio a Dios y vuestra salvación*. ¿De qué os ha de servir haber levantado a tal alta cima la falsa gloria del libertinaje y de la ciencia, si después de haber llenado el mundo de falsos igualitarismos de sexos, de haber matado a los inocentes en las entrañas de sus madres para salvar al *medio ambiente*, que Dios creó para servir al hombre, no os preocupasteis jamás de dar gloria a Dios, y amar a vuestros prójimos? Diréis que estáis llenando al mundo con vuestros nombres, que se olvidan a la semana, y la historia con vuestros hechos, que apenas ocuparán una línea perdida en medio de un millón de páginas. De impulsar toda agenda maligna que amenaza al hombre, os ocupasteis, pero nunca de que vuestras obras estuviesen escritas en el Libro de la Vida. ¿No habéis visto en el Evangelio del día de hoy la extrañeza con la que se alarma el mundo al ver acercarse el momento horrible en que Jesucristo aparecerá con toda su majestad? Si los astros, los elementos, esas inmensas obras que la mano de Dios pareció crear para toda la eternidad, se ven amenazadas de ruinas ¿qué será de las endebles obras erigidas por los hombres? ¿no pensáis en ese fuego que devora en un día ciudades, fortalezas, palacios, casas, mármoles, inscripciones, títulos e historias y que convertirá primero en llamas y después en cenizas los monumentos de los que nos gobiernan? ¿En qué consiste la grandeza de lo que un día no será más que polvo? Otros fastos hay que obrar y otros anales que escribir. Dios, señores y señoras, escribe el diario de vuestra vida. ¡vigilad!

«Ahora dice, hermano, la divina misericordia...: Júntate con el mismo que ha de ser tu Juez, y, en prenda de que entonces te será piadoso Padre y dará sentencia por ti, quiso Él recibir de ti este servicio de tomar tus entrañas por casa,-para serlo Él tuya en, el cielo

Verdad tuya es que los que aquí hicieron misericordia, los pondrás en el día del juicio a tu diestra. Porque dieron de comer al hambriento y de beber al sediento e hicieron obras semejantes, les dirás, Señor, (Mt. 2, 34): Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que os está aparejado desde el primer día del mundo. Aunque sea tanta tu bondad y te hayas juntado conmigo, y digas tú con tu santísima boca que la comida, bebida y vestido y obras de misericordia que al prójimo dimos por ti, lo dimos a ti; no te contentaste con recibir estas obras por tercera persona, más ordenaste tú, piadosísimo amador, este consuelo, que pudiesen los hombres hacer obras de misericordia a tu misma persona.

«Dichosa fue tu sacratísima Madre, dichoso el santo José, dichosos todos aquellos que te dieron comida, bebida y vestido, posada y cualquier refrigerio; porque, siendo gran bienaventuranza dar al hombre algo a quien todo se lo dio y remediar la criatura la necesidad de su Criador, el galardón de aquellos tales que a la persona inmensa de Cristo hicieron, buenas obras, más abundante e ilustre será, que el de los que hacen las tales obras a otras personas por amor de El. - - -

¿Quién tendrá, Señor, ojos para mirar las riquezas de tu sabiduría, la grandeza de tu poder...; y cómo, -aunque subiste al cielo, donde ni es ya necesario que te den de comer y de beber, ni recibes de nadie en persona obras de misericordia, hallaste manera de cómo estar

entre nosotros y en tu misma persona recibir de nosotros obras de misericordia, para que nosotros seamos consolados en hacerte bien y tengas tú ocasión de, por lo poco que nosotros te damos, darnos tú mucho en el cielo? -

«No piense nadie, no, que al estar el Señor allí encerrado-en el sagrario- es el fin, porque allí está; medio es para otra cosa; y si- quieres saber para qué está como manjar, es para que recibiendo de nosotros posada, tener ocasión de ser Él la nuestra en el cielo. Rogadle, rogadle con mucho afecto lo que decía David (Sal 30,3): *Sedme, Señor, Dios, defensa y casa de refugio para salvarme*» - - - -

«¿Quién de las personas, hijos míos, que en este mundo hospedó al Señor, quedó sin una muy buena paga por la posada?

Su santa Madre fue la primera que en sus entrañas le alojó; y El a ella la tiene aposentada en el cielo de Dios sobre todas las criaturas humanas y angélicas y muy junta a Él. Una sola vez le dio Zaqueo posada. Preguntad cómo ha pagado a Marta y a María el hospedaje que le hicieron.

Oh, palabra dulcísima que de la boca del Señor el día del juicio oirá el cristiano que aquí hubiere bien recibido el Cuerpo del Señor. Huésped era y me acogiste, tomad el reino que os está preparado (Mt. 25,34-45). ¡Oh palabra más que dulcísima! En la cárcel estaba, y vinisteis a mí ((bid., 25,36... ¿Entendéis esto?...- ¿No lo veis extranjero, debajo de hábito más disimulado que el que llevaba cuando se juntó con los discípulos que iban a Emaús? (Lb. 24,15-16). ¿No habéis oído en vuestras entrañas sus santas palabras, que hacen arder el corazón cuando el hombre ha comulgado? ¿No entendéis que desde aquella sagrada Hostia os está diciendo lo que dijo a Zaqueo: ¿Desciende aprisa, porque hoy me conviene posar en tu casa?» .

«Mas, ¡ay de mí!, que Zaqueo descendió presto del árbol en que estaba, y dice el Evangelio que fue gozoso y lo recibió, y así gozó de tal Huésped y de tal galardón, Y hay muchos a quien al decirles: *Recibid al Señor*, les parece palabra de tristeza y amargura, y así se quedan sin gozar de tal fiesta y de tal galardón.

¿Qué haréis, dice Isaías (10,3), en el día de la visitación y de la desventura que viene de lejos? ¿A quién huiréis para que os socorra? ¿Qué haréis, hombres?, a quien Jesucristo, Infinita bondad, pide que le deis casa, y que descendáis de vuestras soberbias y desobediencias y, sujetándoos a los mandamientos de Dios y humillándoos en el sacramento de la penitencia, limpiéis vuestras conciencias, para que en casa limpia recibáis el sacratísimo Cuerpo, ¿y os pague la posada según la grandeza de su misericordia? ¿Os duele abajar vuestra cabeza? Cuánto más os dolerá cuando en aquel día terrible, en el cual a ninguno recibirá Dios en su casa, sino a quien le recibió a Él en La suya, dirá con terrible voz y con más terribles ojos (Mt. 25,41-43)-: *Huésped era, y no me recibisteis; en la cárcel estaba, y no vinisteis a mí ni me visitasteis; ¡andad, malditos de mi Padre, al fuego-que está preparado al demonio y a sus ángeles!* ¿Queréis saber la señal de los reprobados? Yo os diré cuál es-, para que no respondáis lo que responderán aquéllos (Mt 25-41): *Señor, ¿cuándo té vimos extranjero y en la cárcel, y no vinimos a ti?* ¡Oh gente desconocida, que no entiende la misericordia de Dios! ¿Cuándo te vimos extranjero? Tantas veces cuantas le visteis en el Sacramento, allí le visteis, Y allí le veis; pidiéndoos esta posad, y para eso descende del cielo. Sin que lo necesites, sino por haceros bien a vosotros, que os hacéis sordos a su voz, teniendo en poco todo lo que os

puede dar en pago por el hospedaje, y teniendo en poco su divina persona y su bajada del cielo, y no agradeciendo nada nada de lo que Él se desveló en ofrecerse por manjar para que lo comáis y en abajarse a ser vuestro para que lo recibáis» (ibid., 4).

Decidme: ¿Qué es Dios estar encerrado en un sagrario y en un sacramento? ¿Qué le falta para estar preso y encarcelado? Sino que, por el gran amor que nos tiene, Él mismo se deja prender; y verdaderamente está encarcelado, aunque en cárcel de amor. Quítale el amor con que allá está, y verás que es insufrible estar donde está... ¿Y piensas, cristiano, que poco hace este santísimo y limpiísimo Señor en morar en tierra donde hay pecados, y tantos pecados que se cometen continuamente?

Pero cómo no experimentamos la pena que es estar en este mundo miserable, extranjeros en él, ni ver encolerizado a nuestro amantísimo Padre, no sabemos agradecer a nuestro Señor el vivir acá con nosotros y estar encerrado en lugar, tan desproporcionado a Él, que sola la fuerza de su gran amor, y otra cosa no, es bastante para tenerlo.

Cristiano, pues el Señor es extranjero todavía y caminante, ¿no reparas en ello'?... Hermano, ¿no ves, no a Eliseo, sino al Señor de Él y de todos los profetas, al Señor de los hombres y ángeles, pasar muchas veces delante de ti? ¿No lo ves que lo traen en procesión, que lo llevan a visitar los enfermos, que lo consagran y lo alzan en la misa, que lo ponen y lo sacan del sagrario, que lo traen por la Iglesia a vistas, para que se mueva tu corazón y digas a ti mismo: Este Señor, gran señor es; muchas veces pasa por delante de mí; su tierra es el cielo, y extranjero es acá; le quiero preparar posada en tierra entrañable, donde El descanse; nos alumbró con la fe, para que no estemos a oscuras; porque para esto anda por aquí llamando a la puerta de los corazones, para, que si hay quien le quiera dar posada, la pagaría muy bien? Si esto, hijos, consideráis y pusieseis en obra, acaso no estaría vuestra alma tan estéril y sin fruto de buenas obras; porque recibiendo a este Señor, os daría parte de su Santo Espíritu, cuyos frutos son, como dice San Pablo (Gal. 5, 22) caridad, gozo, paz paciencia, con otros semejantes. Mueres de hambre atórméntate la pobreza está el campo de alma seco, con esterilidad, por no querer recibir en tus entrañas al que (Ps. 71-16) saca agua de la piedra» (ib., 5)

«Y si quieres cumplir con Él otras obras de misericordia, aparejo tienes; Él te las recibirá de buena gana y te las pagará con grande ventaja.

Hambriento y sediento está, no de manjar corporal, sino de otra hambre y sed mayor. Y si la del cuerpo le hizo decir a la Samaritana: *Dame de beber* (Juan. 4, 7) y decir en la cruz: **Tengo sed** (Juan. 19, 28), ten por segurísimo que con mayor insistencia te pide a ti que le quites aquella hambre y sed que entonces pedía para su cuerpo. No pienses que por otra cosa está aquí encerrado sino para que te dé a ti de comer y tú a Él. Muchos años hace que lo mandó decir a su apóstol San Juan. *Yo estoy a la puerta, y llamo, si alguno Quisiere abrir, entraré a él y cenaré con. él, y él conmigo* (Apoc. 3, 20).

¡Oh hartura de los ángeles! Tú mucho tienes para que yo cene contigo, pues solo tú eres inmenso bien, que bastas a henchir de bienaventuranza y entrañable alegría a todo lo que es creado... Mas, Señor, ¿qué hallaste tú en mi casa? ¿Qué viste por mis rincones? ¿Qué ganados, qué aves? ¿por qué quieres tú, Señor, ser mi convidado y cenar conmigo? ¿Qué te dará, Señor, mi pobreza que sea digno de poner a tu mesa y que comas Tú de ello?

Que la Virgen María nos lleve de su mano, y abra las puertas de nuestro corazón para

que entre Cristo y cenemos con Él, y no seamos reprobados en el día del juicio.